

Premio a un autor que conjuga una elevada valoración en el mundo de la arquitectura y la ingeniería

ELADIO DIESTE

DESDE EL SUR

“No podemos seguir dando por sentado que el arte, la ciencia y la técnica nos han de venir de fuera. Hasta el gran Unamuno llegó a decir: ¡Que inventen ellos!, aunque estoy seguro de que ésa fue una afirmación polémica que estaría dispuesto a rectificar. Yo le hubiese contestado: perdone usted, don Miguel, pero si inventan ellos mandan ellos. No es moralmente lícito hurtarnos a la vida en ningún campo”.

Eladio Dieste

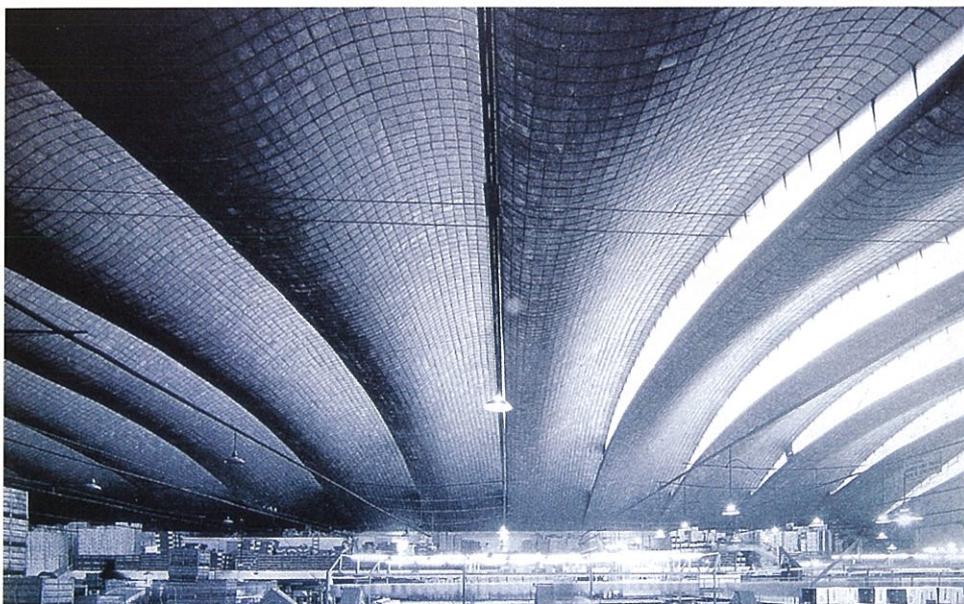
La forma es un lenguaje, y ese lenguaje debe sernos inteligible; estamos ansiosos de inteligibilidad y, por lo tanto, de expresión. Parte del desasosiego moderno se debe a la ausencia de expresividad legítima, a que nos rodean cosas que ostentan un hermetismo que es la negación de lo que supondría la fraternidad que damos por supuesta y que naturalmente debería leerse en la obra del hombre en el espacio.

Estas palabras de Eladio Dieste —hombre avaro de palabras— pueden ser respaldadas por la profesión de fe de toda su obra, y esta perfecta coherencia entre pensamiento y acción bastaría para otorgarle un lugar de excepción en el horizonte de la arquitectura americana contemporánea. Si a ello sumamos su audaz independencia formal, su maestría espacial y constructiva, su rigurosidad técnica, habremos de concluir que además de excepcional su posición apenas registra compañía y resulta, por

lo mismo, casi anacrónica. ¿De qué otro modo, si no, cabe definir una postura que ubica a la estética en una dimensión de orden moral? ¿Cómo referirnos a alguien que exige descubrir en vez de ocultar, pero excediendo la plana perspectiva de la Razón para abarcar, en cambio, el riesgo claroscuro de la vida? ¿Cómo llamar a quien ensaya una iluminación que carga con sus propias tinieblas?

Dejemos que sea el mismo Dieste quien nos aclare estos inusuales propósitos: “No podemos, pues, posponer para la ciudad futura la belleza y la dignidad que tanto necesitamos para resistir el rigor de la vida; no podemos posponerlas como principio, aunque podamos tener que transigir en la práctica; hay que transigir cuando no hay más remedio y buscando siempre lograrlas.

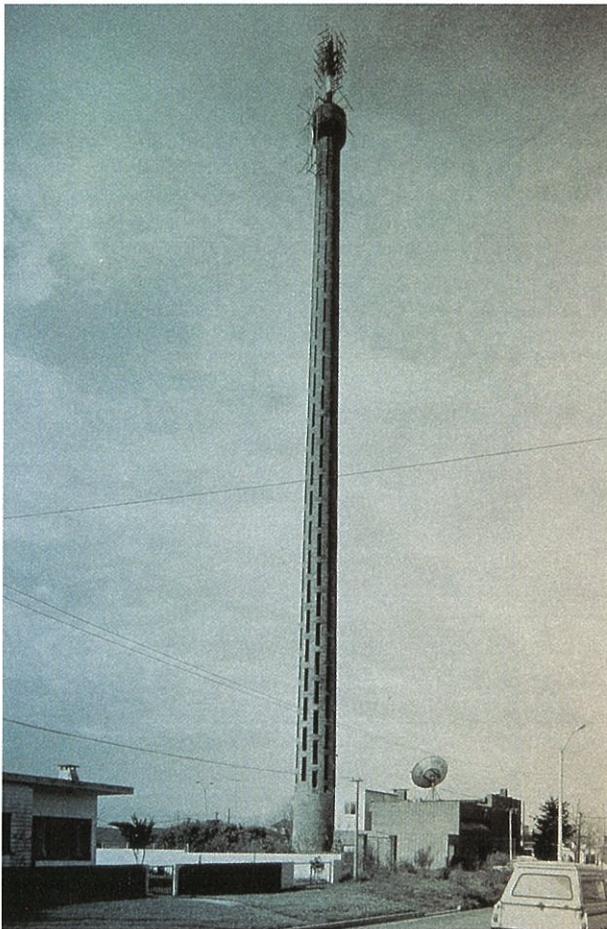
Dieste es, antes que nada, un artista trascendente. En el sentido lato del término, su obra trasciende varias atmósferas y dimensiones: la espiritual, la espacial, la tem-



Envasadora de cítricos Caputto
Salto, Uruguay, Avenida
Paraguay y Ferreira. 1972.



Terminal de Ómnibus
Salto. Uruguay.
Avenida Harriage. 1974.



Torre de Comunicaciones para televisión. Telesistemas Uruguayos
Maldonado. Uruguay. Avenida General Artigas y Guabirá. 1986.

poral. Además de las materias terrestres, él echa mano a las impalpablemente celestes, como la luz. Pensemos en las iglesias de Atlántida o de Durazno: en ellas la luz se constituye en un ingrediente insustituible, sin el cual los edificios se desmoronarían como si fallase la estructura. La luz es arrastrada hacia los puntos elegidos como por un imán, es amasada y fundida con los materiales para hacerla indistinta de ellos, es exaltada hasta la transfiguración. La luz anuncia, así, la presencia divina (o, en todo caso, articula el simulacro perfecto de tal presencia).

Le Corbusier afirmó alguna vez, ante alguien que lo interrogaba acerca del convento dominico de La Tourette: "No soy religioso, pero poseo el sentido de lo sagrado". A diferencia suya, Dieste sí es religioso, y su "sentido de lo sagrado" significa algo más que mero turismo del espíritu; es, simplemente, el aire que respira cotidianamente, su íntegra concepción vital, el mismo cimiento de su cosmovisión. "La Eucaristía, en la misa —sostiene—, es el sacrificio de nuestra fe, pero es también una comida alrededor de una mesa (...). Pienso que las dos cosas tienen sentido: el altar que recuerda la piedra de los sacrificios milenarios y el altar-mesa que haga presente la última cena". He aquí alguien que, como Teresa de Ávila, sabe pasar de los éxtasis a los pucheros y que puede congelar una parábola en gestos espaciales que, como todos los que de él provienen, posee la economía desnuda de lo esencial.

Esto mismo puede observarse en su bellísima casa de Punta Gorda. Sus ámbitos se engarzan en un sabio encañamiento de muros, patios y estancias en los que nada sobra, y a los que el paso de las estaciones viste con el esplendor insuperable de las flores, del follaje, de las hojas secas o de las ramas color ceniza. Destacándose en el ascetismo casi monacal de la sala de paredes blanqueadas, el lujo de una sola, magnífica pintura: un Torres García cuya nítida composición esconde un trecho y secreto vínculo con la poderosa síntesis expresiva de la arquitectura. El diálogo complementario de dos artistas que sueñan sus sueños desde el Sur.